



Anthony KALDELLIS, *The New Roman Empire, a History of Byzantium*. Oxford, Oxford University Press, 2023, 1160 pp.

Walter H. Liberali*

Fecha de recepción: 24-11-2023
Fecha de aceptación: 07-12-2023

The New Roman Empire, a History of Byzantium, es una obra de reciente publicación (2023), escrita por el destacado especialista Anthony Kaldellis, un historiador de origen griego pero con una larga y distinguida carrera académica en Estados Unidos, actualmente profesor en la Universidad de Chicago. Publicado por la Oxford University Press, este libro representa un nuevo esfuerzo de síntesis que incorpora los últimos avances en la investigación sobre la milenaria historia de Bizancio.

El libro se halla estructurado en torno a una introducción y diez partes, subdivididas a su vez en capítulos dispuestos en orden cronológico que siguen secuencialmente el recorrido de las distintas dinastías que reinaron en Constantinopla y Nicea, entre los años 306 y 1453. Disconforme con el tratamiento dado por Occidente a la esencia de la identidad y del legado de Constantinopla, Kaldellis toma prestado, sin embargo, un término de Gibbon, Nuevo Imperio Romano, para renombrar al Imperio Bizantino de los historiadores decimonónicos. En su gran objetivo de explicar la longevidad del sistema de gobierno de la Romania y sus fuentes renovables de resiliencia, el autor proclama su intención de evitar cualquier tipo de imposición cultural foránea, como son la latinización y el anglicismo de los nombres griegos, aunque, llegado el caso, se tomará algunas licencias. Entretanto, la combinación entre narrativa y análisis, sustentada por fuentes de diversa naturaleza entre las que se incluyen testimonios de primera mano, lo mismo que hallazgos arqueológicos y estudios demográficos, formará parte de la metodología escogida para reivindicar la herencia del Nuevo Imperio Romano. Principalmente cualitativa, la investigación que promueve Kaldellis aspira a presentar diferentes problemas sociales (guerras góticas, diatribas cristológicas, iconoclasmo, Estado nacional e Imperio, irrupción latina y experimento colonial, etc.), desde múltiples perspectivas que tienen en cuenta la visión e intereses de cada una de las partes involucradas.

* Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti" (CEH). E-mail: liberalimartin@gmail.com

Como ya se ha explicado, al tratarse de un trabajo de síntesis, la principal línea argumental del autor es ofrecer una visión de conjunto sobre la historia de Bizancio que, además de liberarse de los presupuestos sesgados de manuales anteriores, rescata las virtudes del Imperio para afrontar crisis recurrentes y sobrellevar con relativo éxito los procesos de cambio que las mismas suponían. En este sentido, una de las mayores aspiraciones de Kaldellis es erradicar la noción ampliamente difundida desde el siglo XVIII, que caracteriza al Imperio de Oriente como un Estado signado por una estructura política anquilosada, despótica, opresiva y corrupta, y una sociedad atravesada por la milagrería y la superstición. Muy por el contrario, el autor identifica entre las mayores virtudes del nuevo Imperio Romano su resiliencia y su interés por promover objetivos comunes en el ámbito de la justicia, el orden social, la verdadera religión y el bien común, sin sacrificar por ello su identidad romana y ortodoxa. Todo lo cual representaba un verdadero desafío para los basileos orientales, que debían gobernar a partir de la generación de excedentes que el Estado extraía sin alienar nunca a sus súbditos, propiciando en todo momento la difusión de una ideología que pregona el bien público como razón de ser del sistema tributario en su conjunto. Ideología que, por otra parte, el poder central se ocupaba muy bien de publicitar y dar a conocer entre la población imperial, mérito que el autor se ocupa de destacar en más de una ocasión.

Pero si contar la resiliente historia del Imperio es el argumento central del texto, existen hilos secundarios que Kaldellis desarrolla por separado y que le ayudan a probar su teoría: desde los orígenes de Constantinopla, que son caracterizados más como fundación imperial romana que como capital cristiana, todos los períodos son analizados mediante un cúmulo de evidencias tal que la validez de la tesis del autor parece estar fuera de toda discusión. Veamos algunos ejemplos; en primer lugar Kaldellis sostiene que todas las diferencias sociales creadas por el meteórico crecimiento demográfico y arquitectónico de Constantinopla y por la constitución de un senado conformado por senadores traídos de Italia (dignidad romana) y de las provincias (sabiduría helénica), se vieron muy pronto atenuadas por la acción del cristianismo, del helenismo y de la romanización (parte 1). Sin embargo, el avance del cristianismo y su influencia identitaria sobre Constantinopla encontró obstáculos insalvables que le impidieron generar una cultura total en torno a sus instituciones, principalmente debido a las costumbres y los valores más conservadores (parte 2). Por lo que la nueva religión acabaría funcionando como un instrumento de regulación, tal como antes había sucedido con el paganismo. En la parte 3, Kaldellis se ocupa de resaltar las consecuencias del surgimiento de una clase política fuerte, lo mismo que el protagonismo asumido por el pueblo de Constantinopla en la política imperial y el fervor que las diatribas cristológicas generaban entre los súbditos orientales, todo en el marco de las diferencias entre las dos mitades del Imperio. Como corolario el autor propone tres factores que habrían ayudado a Constantinopla y no a Roma a conservar el orden imperial; uno geográfico (a los bárbaros se les hizo casi imposible acceder a las ricas provincias asiáticas), otro fortuito (una oportuna paz

con Persia ciñó los frentes de conflicto a Panonia y el bajo Danubio) y el tercero político (la clase senatorial impidió que el control sobre las fuerzas armadas recayera en simples generales como Estilicón, Aecio y Ricimero).

En lo que respecta a la parte 4, el principal aporte de Kaldellis está referido al aspecto social de las reformas administrativas, legales, fiscales y religiosas de Justiniano I (527-565). En opinión del autor, el Estado romano, lejos de buscar recuperar autoridad sobre los poderes locales, estaba más interesado en proyectar su influencia hasta los puntos más distantes de las fronteras, por lo que no sería correcto hablar de medidas de neto corte anti-feudal. Así, bajo esta óptica, la gran codificación del derecho romano no debería interpretarse como un signo de colapso sino como el empleo eficiente de un instrumento de gobernanza destinado a hacer más eficiente la administración imperial. Kaldellis destaca el fuerte apego de Justiniano al derecho, que el emperador usó básicamente para regular, mejorar, rediseñar y estandarizar la sociedad de su época. Aunque en la búsqueda del anhelado consenso religioso, Justiniano solo consiguió generar más grupos disidentes que otra cosa. Su legado sería uno muy pesado y difícil de mantener; Kaldellis se refiere a él en la parte 5, donde describe cómo Heraclio llevó al Imperio hasta el extremo de sus fuerzas en pos de la supervivencia, cuando los persas de Cosroes se apropiaron de todas sus provincias orientales.

Una nueva muestra de resiliencia y recuperación la encontramos en lo que resta de la parte 5 y en la 6, que se ocupan de la irrupción de los árabes, de la expansión del islam y de la llegada al trono de los emperadores iconoclastas. El análisis que hace Kaldellis de las causas de la derrota romana frente a los mahometanos, aunque acotado, es, sin embargo, atinado e involucra no solo factores militares sino también étnicos y religiosos. Desmonetización, declive económico, interrupción del comercio de larga distancia, ruralización, retroceso demográfico e inestabilidad política fueron el corolario de las numerosas invasiones que soportó el Imperio en este período, tanto en Asia Menor como en los Balcanes e Italia. Podría haber sido el final; en cambio fue el punto de partida de una nueva era, en la que Bizancio iba a manifestarse más como un Estado nacional donde todos hablaban griego, profesaban el credo calcedonio y eran étnicamente romanos. De esta manera, a diferencia de lo sucedido con el califato, el Imperio iba a lograr una identidad, reforzada ahora con una nueva administración a cargo de burócratas especializados, los *logotetas*, una novel red de circunscripciones, los *themata*, y un ejército parcialmente autosuficiente, compuesto por soldados campesinos. El análisis de la élites e ideologías no tiene desperdicio, al igual que las conclusiones que el autor extrae sobre el segundo gran asedio árabe de Constantinopla (717-718) y el período iconoclasta. Sobre este último, Kaldellis afirma que no hubo persecución religiosa sino persuasión en pos de una iglesia unificada; lo que sugeriría que la iconoclasia bizantina fue un invento de algunos monjes intransigentes como José y Teodoro de Studios, luego de que los iconoclastas crearan su propio némesis.

En la parte 7, Kaldellis identifica una nueva metamorfosis de Bizancio, que se encamina hacia el Imperio a partir de lo que el autor denomina "Estado nacional" o sistema de gobierno del pueblo romano. En otras palabras, el fortalecimiento de la Romanía va a posibilitar la recuperación gradual de antiguos territorios que hacía largo tiempo estaban habitados por no-romanos. ¿El precio? La sociedad romana va a perder sus rasgos identitarios al incorporar bárbaros, cristianos no calcedonios, judíos y musulmanes. Pero también en el campo del derecho se produjeron innovaciones: desde el *Procheiros Nomos* hasta la *Eisagoge*, la *Basilika*, la *Taktika* y el *Libro del Eparca*, tanto Basilio I (867-886) como su sucesor León VI el Sabio (886-912) procuraron ajustar la ley a los usos y costumbres de su tiempo y dejar el iconoclasmo definitivamente atrás. La legislación antilatifundista del período que el autor denomina "juego de coronas", buscó evitar que las pequeñas propiedades fueran absorbidas por los poderosos (oficiales estatales, cortesanos, iglesias y monasterios). No obstante, es preciso señalar aquí que Kaldellis define como ficticia aquella narrativa que pretende encuadrar la historia del imperio oriental dentro de un modelo marxista ligero que demanda una "fase feudal", ya que, en su opinión, la riqueza de los aristócratas no procedía de la tierra sino del oro que extraían de tesorería vía sueldos y subsidios. La cultura, entretanto, se esforzó por recuperar sus raíces clásicas helénicas, búsqueda que ya había comenzado incluso en tiempos de los Isaurios (717-802) y de los Frigios (820-867).

El surgimiento de un nuevo paradigma, indicio inequívoco de la vitalidad y permanente transformación de las estructuras imperiales, es claramente descrito en la parte 8. Luego de un breve período de hegemonía caracterizado por la prosperidad económica, la expansión agrícola, el auge comercial y el crecimiento demográfico, los efectos de un gasto público desmedido comenzaron a horadar la tesorería imperial. Pronto, los signos del final de época quedaron a la vista: una sociedad cada vez más desmilitarizada, una burocracia en permanente crecimiento, venta indiscriminada de cargos públicos, y enemigos agolpándose por doquier, a la espera de una ocasión propicia para caer sobre el Imperio. En el campo militar, los recortes presupuestarios promovieron unos estándares tan bajos que el ejército imperial fue batido decisivamente en Mantzikert, en 1071. La batalla fue una bisagra y, junto con la guerra civil que le siguió, señalaron el advenimiento de los Comnenos, y de un novel sistema político y militar que, en el ámbito de la tierra, se tradujo en el reemplazo de los *themata* por el mecanismo de la *pronoia*. Las innovadoras medidas de Alejo I (que incluyeron una reforma monetaria, fiscal y comercial) salvaron al Imperio pero no fue sino con sus dos sucesores inmediatos (Juan II y Manuel I) que el Estado bizantino vivió un nuevo auge económico y cultural; los niveles de monetización permanecieron elevados, las ciudades prosperaron, el comercio con los italianos promovió las economías regionales e incluso hubo un vigoroso crecimiento demográfico, mientras la *pronoia* se afirmaba como instrumento financiero para pagar a los soldados (en desmedro de las antiguas élites provinciales).

Tras la muerte de Manuel I en 1180, sobrevino la desintegración y posterior captura de la capital por la IV Cruzada. La conquista y distribución del Imperio y su posterior gobierno a través de pequeños grupos de élites militares que se encargaron de desplazar a las autoridades nativas y de reducir a la población indígena a un estatus de segunda clase (Parte 9) son todas características que hacen que Kaldellis defina los Estados latinos creados por la IV Cruzada como proyectos coloniales europeos. Estas colonias (con diferencia de grados entre sí) se convirtieron en tierras de oportunidades para los occidentales, que además, promovieron grandes confiscaciones de tierras (distribuidas luego como feudos) y ajustaron las redes comerciales para priorizar los intercambios con la metrópoli colonial (ej: Creta y Venecia). Entretanto, para las antiguas élites locales (arcontes) y parte de la población griega, la única salida fue huir a Anatolia; los que se quedaron, fueron reducidos en su gran mayoría a la condición de siervos e incluso debieron presenciar cómo las viejas estructuras religiosas eran desmanteladas en beneficio de obispos latinos. Especialmente interesante es la sección donde Kaldellis explica cómo la población subyugada defendió su identidad romana y ortodoxa y cómo Nicea, una de las tres hijuelas supervivientes de 1204, se las arregló para imponerse a Epiro y Trebisonda y, por fin, recuperar la vieja capital, en 1261.

Acerca del reinado de los primeros Paleólogos (última parte), el autor sostiene que no fue un período de descentralización feudal sino todo lo contrario; la política de concesiones (*pronoias*) aumentó el poder del centro sobre la distribución de los derechos sobre la tierra. En consecuencia, el Estado no perdió nunca el control sobre sus parcelas y sobre la aristocracia. El análisis posterior de Kaldellis se centra en la regresión territorial y la innovación cultural que experimentó la Rumania tras 1282. La contracción territorial y la pobreza provocaron cambios profundos que pudieron apreciarse incluso en el derrotero institucional de las ciudades, cada vez más autónomas respecto al poder central. Paradójicamente, en medio de tan ostensible declive, la literatura y el arte florecieron y alcanzaron nuevas cotas, lo mismo que el conocimiento científico, las matemáticas y la astronomía. Los capítulos finales de la parte 10, por su parte, describen con gran efectividad la agonía de un Imperio que todavía buscaba en el exterior lo que sus raquíticas fuerzas no le permitían obtener adentro: un ejército para frenar la inexorable avalancha otomana. En este punto, Kaldellis se pregunta por qué la Rumania sobrevivió tanto tiempo, especialmente si se considera que gran parte de su existencia discurrió en uno de los milenios más desafiantes de la historia humana. La respuesta que ofrece a renglón seguido vuelve a insistir en la resiliencia del Imperio, es decir, en la capacidad extraordinaria de Bizancio para sobreponerse a los eventos más traumáticos y adaptarse a las nuevas circunstancias, cosa que logró gracias a una serie de factores: una red institucional centralizada que daba consistencia a su territorio, un sistema impositivo eficiente que permitió costear un ejército profesional y generalmente leal, una cultura unificada de derecho, religión, literatura y arte que promovió el desarrollo identitario de la sociedad cristiana y romana, una diplomacia capacitada y lo suficientemente pragmática como para

desatar nudos gordianos en el campo de las relaciones internacionales y un gobierno que permanentemente extraiga recursos de sus súbditos, sin explotarlos ni alienarlos, y todo en pos del bien común.

Analizada críticamente, la obra parece cumplir con su objetivo, especialmente si se considera que se trata de un compendio de la milenaria historia imperial, de modo que, considerando la abrumadora cantidad de datos que aporta el autor, la tesis principal, aunque no sea novedosa, acaba resultando convincente. Por otra parte, la redacción fluida y con un número relativamente bajo de digresiones y tecnicismos, torna la lectura del texto ágil y amena. Comparado con trabajos de temática y alcance similares, *The New Roman Empire* es innovador en algunos aspectos (fundación imperial como rasgo distintivo del origen de Constantinopla, la cooptación del cristianismo por el orden imperial, las causas de la supervivencia del Este frente al Oeste, el período de Bizancio como Estado nacional y su paso a la fase imperial, la persuasión de los emperadores iconoclastas como herramienta para promover la unidad religiosa, la negación de una fase feudal, la condicionalidad de la *pronoia* en tiempos paleólogos, etc.). En otros casos, el análisis en profundidad falla o es incompleto debido a la voluminosa dimensión del trabajo, la que de por sí constituye una limitación evidente.

En suma, *The New Roman Empire, a History of Byzantium* es un texto agradable, ideal para aquellos lectores que deseen profundizar sus conocimientos sobre Bizancio sin entrar en tecnicismos extremos. También es un libro aconsejable para comprender cómo viejos paradigmas y preconceptos del Iluminismo han perdido su vigencia a la hora de mostrar la historia bizantina como una mera prolongación decadente de la historia romana. En todo caso, si hubiera que señalar un punto débil, este sería a mi juicio el fatuo intento del autor por dar con una nueva denominación, Nuevo Imperio Romano, que, además de agregar confusión, es paradójicamente una invención de Edward Gibbon. Sobre todo si se considera que Bizancio o Imperio Bizantino es un título que hace largo tiempo y de manera casi convencional ha sido aceptado por la mayoría de los estudiosos y de las revistas especializadas.